

Libros

NARRATIVA

Cierto paisaje de la memoria

Días Contados publica dos obras inéditas de Pierre Bergounioux

José Reyes de la Rosa

Dice Bergounioux al final de *La huella*: "Solo nos conoceremos por lo que somos después de haber dejado de serlo. El exilio está en el principio del conocimiento y cualquier conocimiento es un exilio". Con ese axioma como programa y una persistente voluntad de exilio en el ejercicio de la literatura, el escritor francés Pierre Bergounioux (Brive, 1949) ha ido gestando, a lo largo de tres décadas, una obra original y sorprendente, que se ha ido abriendo paso en el paisaje literario francés de nuestro tiempo de manera sigilosa, casi de puntillas, lejos de palmarés, ruidos mediáticos y listas de ventas, para ocupar uno de los lugares más señeros de la prosa francesa contemporánea. Perteneciente a esa generación de escritores que como Pierre Michon, François Bon, Jean Echenoz y Pascal Quignard, supieron dar el gran impulso renovador a la novela francesa en la década de los ochenta del pasado siglo, Bergounioux no ha tenido, sin embargo, la misma proyección internacional y el mismo éxito de ventas que han gozado algunos de esos novelistas, siendo un autor aún poco conocido y traducido fuera de Francia.

En España hemos tenido que esperar hasta finales del 2010 para poder disponer del primer libro de Bergounioux traducido al español. Se trata de un pequeño volumen que reúne dos textos breves, *La huella*, que da título al libro, y *Puntos cardinales*, traducidos por Isabel Trillo y Miguel Ángel Pandonos, que la editorial Días Contados de Barcelona ha lanzado al mercado en una cuidada edición numerada de cuatrocientos ejemplares. Una novedad de un indiscutible valor literario, que tenemos que celebrar por cuanto viene a colmar un vacío inexplicable en el campo de la edición en castellano de novela francesa contemporánea.

La huella y *Puntos cardinales*, a pesar de su brevedad o quizás por ello, son una buena manera de iniciarse en la lectura de Bergounioux y de acceder a una obra de una solidez y calidad extraordinarias, a veces difícil y compleja, que nada tiene que ver con la simplicidad populista de los superventas al uso. Desde la aparición en la editorial Gallimard de *Catherine*, su ópera prima, en 1984, Bergounioux ha compaginado su trabajo como profesor de francés en un instituto de la región parisina con una frenética actividad literaria: articulista en numerosos medios de comunica-

ción, ensayista sobre los temas más diversos, autor de una especie de autobiografía intermitente, *Camet de notes* -de próxima publicación por Días Contados- y una producción novelística, que supera la veintena de títulos, algunos como *B-17-G*, considerado libro de culto por sus lectores incondicionales.

En los dos pequeños relatos que se incluyen en *La huella*, Bergounioux nos cuenta, en una primera persona que alterna el singular con el plural, su ciudad natal, Brive-la-Gaillarde y la tierra de su infancia y adolescencia, el Lemosín, una región escondida, en los confines del Macizo Central, exponente de la Francia más profunda. A través de sus páginas, Bergounioux nos describe los paisajes de una memoria afectiva que recorre los lugares familiares de un espacio geográfico, social y antropológico para dilucidar los determinantes que conforman el ser y las fuerzas que rigen el destino del hombre. Así, se re-

En España hemos tenido que esperar hasta finales del año 2010 para poder disfrutar del primer libro de este escritor que ha sido traducido al castellano

fiere al comienzo de *Puntos cardinales* a "un pulgar que se hubiera apoyado en la juntura entre Aquitania y el Macizo Central, en la época permo-carbonífera" para marcar el destino de esa hondonada en la que se sitúa la ciudad de Brive, a salvo de las "potencias adversas" que reinan en las regiones colindantes y "comparten la superficie de la Tierra". Unas fuerzas adversas que acechaban en los cuatro puntos cardinales y con las que los lugareños se tropezaban, nos dice el narrador, "en cuanto dejábamos el hueco de la huella donde transcurría nuestra vida".

Esa huella determinante, que perfila los rasgos identitarios, que imprime un determinado carácter y marca la existencia de unos seres aislados, arrinconados por la Historia, es la que intenta explicar y discernir el escritor, de libro en libro, para exorcizarla a través de una minuciosa y paciente indagación etnográfica, antropológica y filosófica que se convierte, gracias a la precisión de una lengua primorosamente trabaja-

da, en una extraña mezcla de claridad reflexiva y de efusión lírica. Surge así una escritura fronteriza, una suerte de amalgama de ficción autobiográfica, de relato de filiación y de ensayo hilvanada por la tensión emotiva de la expresión poética con la que nos sentimos fácilmente identificados y cautivados.

Se puede decir que toda la obra de Bergounioux responde a un inmenso proyecto de recuperación de un tiempo y un mundo desaparecidos y de representación de esa fractura que marca, en la segunda mitad del siglo XX, el paso de la modernidad a la postmodernidad. Elegir para ello el espacio urbano y rural de una región atrasada y olvidada de Francia, como es su Corrèze natal, rememorado a través de la mirada poética y reflexiva de la infancia, lejos de parecer una muestra localista de literatura regionalista agotada, o de manida autoficción ombiguista, le da a su obra un alcance universal que nos permite compararla, en algunos aspectos, con la de Proust o de Faulkner.

Los dos textos que se reúnen en *La huella* son buena prueba de ello. Los dos relatos entrelazan retazos de vida tejidos con los hilos de una memoria deambulante por las calles de la ciudad de la infancia y por los parajes agrestes de una geografía existencial, cuyos puntos cardinales vienen a ser la traba y la vía a una conciencia distante capaz de acceder al conocimiento de las cosas y de sí mismo. De esta manera, las descripciones llenas de poesía de ciertas calles, de algunos edificios emblemáticos de la ciudad, de sus piedras fundadoras le sirven al escritor más que para hacer un canto nostálgico y laudatorio de su ciudad, para reflexionar sobre las esperanzas y decepciones de una Historia cruel y amenazada, llena de trazas sangrientas: "Levantaba la vista y reconocía determinada fachada, un ramo de lilas sobresaliendo del remate de un muro de cuidados paramentos. La felicidad traicionada velaba siempre en ausencia de aquellos que la habían esperado, los inválidos, los pobres monstruos, los muertos innumerables enterrados en el ceno frío del Este y del Norte. Rozaba a quienquiera que bordease, sin saber, los muros, las sombras de los árboles que le habíamos dedicado y era un algo de esa dicha incumplida lo que me llevaba yo al pasar".

Una ciudad ingrata, que lo obliga a dar rodeos para evitar esos signos delatores de un tiempo amargo o, incluso, desear su destrucción pues solo así "la hora presente, la que nos fue asignada,

Pierre Bergounioux.



la embriaguez repentina y breve de nuestras adolescencias, no habría tardado tanto en desprenderse del pasado cercano, agobiante, que para nosotros todavía fue, por mucho tiempo, el presente". Con este modo peculiar de representación, el itinerario urbano se cierra con la imagen gris y deprimente del viejo y gélido edificio municipal que sirve de conservatorio de música, de biblioteca y de escuela. Todo un universo, en suma, en el que el frío, la tristeza y el tedio parecen reinar.

En ese mismo tono, la representación del paisaje natural de montes y ríos que rodea la ciudad y conforma la geografía de la comarca no es menos punzante e inteligente. Las excursiones y viajes en el coche familiar por carreteras abombadas y sinuosas, atravesando desfiladeros amenazantes que discurren junto a un río de humor sombrío, nos son presentadas por una memoria infantil ligada al malestar físico del mareo y a la angustia de saber el punto cardinal que



marcará la ruta elegida por su padre. Una pesadumbre mezcla de temor a lo desconocido que acecha tras los límites de ese mundo tapiado y el tedio de una existencia marcada por un tiempo remoto. Un dolor solo apaciguado por el placer de coleccionar insectos y piedras.

Hasta que un día, nos dice el narrador dialogando con Descartes, hay que irse porque "siendo las cosas donde nos abrimos, no sabremos verlas en todo lo que son hasta tanto no nos hayamos alejado de ellas". Y fue el norte, la amplia perspectiva de la llanura que abre el pensamiento, el que definitivamente orientó sus pasos para descubrir, termina diciendo al final de *Puntos cardinales*, "el resplandor de la estrella que guiaba nuestros desplazamientos, con las caras opuestas de la tierra y los paisajes del alma a juego con ellas". Paisajes de una memoria reflexiva que hablan de un tiempo de ayer con los acentos del alma y requieren a nuestra conciencia de hoy para definir al ser que ahora somos.

GARRIGUES